

Mal día

Era una mañana de otoño muy agradable y a mi familia se le ocurrió pasar por unos grandes almacenes, por lo que encaminé en coche hacia donde ellas me ordenaron.

En situaciones como estas yo tengo mi itinerario diseñado. Ellas se van recorriendo las distintas plantas y yo me quedo en la cafetería con un descafeinado de máquina, cortado, la leche caliente y sin espuma.

-Azúcar, por favor, sacarina no.

Espectacular momento. Mi cuaderno y mi pluma estilográfica. Observo el local y a la gente que le concurre.

Justo en la mesa de al lado se sientan dos muchachas y su cara denuncia que la mañana no iba tan bien como desearían.

Su forma de arrastrar las sillas a la mesa y la avidez con la que buscaban a la camarera les denunciaba.

-Por favor, dos cafés con leche y dos tostadas con aceite y tomate.

-Al momento -dijo la camarera.

-Disculpe, la leche sin espuma.

-¡Cómo no! Lo que usted mande.

Ya, sin la presencia de la camarera una de ellas dijo:

-Te digo que no tienen escaparates en la tienda.

-no puede ser -contestó la amiga.

-Van a comenzar a montar la tienda, pero a mí no me han dicho nada. Espero que no me toquen los ovarios. Estoy muy cabreada.

-Pues tú tranquila. No eres la responsable de la tienda.

-Ya lo sé pero, al final vendrán las prisas y no se acordarán ni de descansar por la noche, y ahora tocándose las narices.

Yo, sin perder ripio de la conversación.

-Señorita, por favor, caliénteme de nuevo el café, la lectura ha hecho que me olvide de él.

-Si señor, sin problemas.

Veo venir a mi mujer y a mi hija. Vienen con bolsas, espero que alguna sea para mí.

ROBERTO DOYAGÜEZ